

64.^a REUNION. 6.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Beltrán, Bouquet, Bréard, Calderón, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Correa, Cordero, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Freire, Galigniana Segura, García, García González, García Vieyra, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moyano (F. J.), Moyano (R.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pérez Virasoro, Pinedo, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Santamarina, Sosa Carreras, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candioti, Gómez, Gonnet, López (M. E.), Ortiz.—**Con aviso:** Bonifacio, Carranza, Frías, Maza, Padilla (M. M.), Paz (M.), Revilla, Saavedra Lamas, Serrey, Tenreiro, Terán.—**Sin aviso:** Alsina, Anchorena, Bejarano, Etcheopar, Garrido, Leiva, Moreno, Pera, Pinasco, Rivas, Vergara.

SUMARIO N.º 64

1

Aprobación del **acta** de la sesión anterior.

2

Constitución de la comisión especial de instrucción pública.

3

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma de la ley electoral**.

—En Buenos Aires, á 22 de noviembre de 1911, el señor presidente declara abierta la sesión á las 4 y 30 p. m., con asistencia del señor ministro del interior, doctor Indalecio Gómez.

1

ACTA

—Al empezar la lectura del acta de la sesión anterior, dice el

Sr. Agote—Se podría dar por leída.
Sr. Presidente—Habiendo asentimiento general, así se hará.

—Asentimiento.

2

COMISIÓN ESPECIAL

—La comisión especial de instrucción pública comunica que se ha constituido nombrando presidente al doctor Federico Pinedo y secretario al doctor Luis Agote.

3

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado Lacasa.

Sr. Lacasa.—Señor presidente:

Parcearía que este debate debiera haber terminado ya, según la opinión de algunos; pero como se trata de un asunto tan trascendental en el orden político del país, los hombres que ocupamos un asiento en esta cámara tenemos muchas veces que cumplir con el deber de defender aquello que creemos atacado ó de atacar aquello que creemos que no puede defenderse, y que consideramos que no es justo.

La honorable cámara creo que ha de tolerar que por breves momentos ocupe su atención, siquiera sea porque ya que el camino ha sido largo y fatigoso, pareciera que al ir á llegar al término de toda esta tarea, se sintiera de nuevo un aliento para proseguir hasta finalizarla, y ésto me hace esperar que mis honorable colegas se han de sentir dispuestos á escuchar á uno de sus compañeros que va á hablarles con la sinceridad con que acostumbra y á suministrarles los antecedentes que puede traer al debate.

Creo que no molestaré su atención, porque no hablaré á la cámara de cosas que le sean desagradables. Tengo un alto honor en pertenecer á este cuerpo deliberativo, y tengo una profunda simpatía y solidaria consideración por todos los miembros que se sientan en este recinto.

Me veo obligado á hacer uso de la palabra para exponer las razones por las cuales no he de acompañar en este caso al Poder ejecutivo en su proyecto.

He votado el proyecto de ley de enrolamiento y el proyecto de ley sobre padrón electoral, porque creí que con ello se llenaba el punto capital del programa del señor presidente de la Nación, relativo al ejercicio de los derechos electorales, puesto que si se siente con el poder suficiente para dirigir las elecciones libres, creí que con esos instrumentos bastaba para llevar á cabo el noble propósito.

Otro punto del programa presiden-

cial era el de dar representación á las minorías. Entendía, señor presidente, que cuando este punto se contenía en el programa, dados los términos de nuestra Constitución y la opinión de la mayor parte de los grandes hombres del país, lo que se traería á este Congreso, tan bien dispuesto para el Poder ejecutivo, sería un proyecto de ley de reforma de la Constitución, para colocar á todos los hombres representativos del país en condiciones de poder acompañar esta acción reformadora, sin tener á su frente la Constitución que les detuviera el paso al querer realizar esta obra.

La posición en que yo me coloque me hará ver de distinta manera las cuestiones electorales de mi país con relación al modo y forma en que han sido apreciadas por varios de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra.

Entro al debate con la experiencia de la vida política; traigo aquí el curso de la acción de ciudadano, que muchas veces enseña más que los libros escritos en pro y en contra de las teorías constitucionales y políticas.

He oído decir, señor presidente, á esos señores diputados á que me he referido que en la República Argentina no hay democracia, que aquí no se vota. A algunos de ellos probablemente les ha pasado lo contrario que á mí; ó yo soy un iluso ó lo son ellos. Entiendo que en la República se ha votado, se vota y se votará con el entusiasmo que dan las épocas, los momentos y el ambiente en que se actúa en la política y según los rumbos que imprimen los hombres dirigentes del país. Entiendo que la historia de nuestra política electoral no es la historia fría, indiferente, que se nos ha presentado. Cualquier extranjero que hubiera oído los discursos que se han pronunciado en esta cámara, creería que este país es algo así como era Cartago, donde sólo el comercio y los intereses materiales solicitaban su actividad y la de sus hombres. Nuestra historia política, nuestra historia electoral de todas las épocas, dice terminantemente lo contrario. Desde que nos dimos una constitución, se ha luchado y se ha votado en la forma que ha sido posible, porque no se puede exigir que vayan al comicio todos los ciudada-

nos sin excepción, ni que todos sean igualmente preparados, ni que todos sean igualmente inteligentes, ni que todos concurren con asiduidad matemática á todas las elecciones, cuando no les interesa absolutamente lo que se va á votar ni los hombres, ni los principios, ni los partidos, ni las cabezas dirigentes que se colocan al frente de los mismos.

El entusiasmo electoral es algo que se produce despertando intereses, suscitando altas pasiones, conduciendo á los pueblos á sus ideales, á menos que se produzca espontáneamente, como en ciertos casos, cuando el pueblo busca romper contra ciertas presiones que se producen desde arriba y que le estorban en el libre ejercicio de su derecho. Pero cuando un pueblo se considera satisfecho, cuando dentro del ambiente en que vive se sienten distintas solicitaciones, cuando no todos los hombres se dedican á la política, porque en países de civilización complicada como el nuestro hay atractivos para todas las actividades, se explica que sea inútil, por ejemplo, querer llevar á votar al comerciante, si sus intereses no ganarían nada con ello. Tal vez en las cuestiones municipales, en que ya le afecta el impuesto á sus negocios y en que hay una cantidad de cosas que le tocan más de cerca, el comerciante se mueva, y así es en efecto, como se está viendo actualmente en la Capital de la República. Pero los grandes hombres de negocios que de momento en momento están empeñados en sus grandes especulaciones, ¿van á distraer su tiempo para ir á formar el ambiente político de algún partido? No, señor presidente: cada actividad tiene sus rumbos, y á ese rumbo está sometida la actividad; y en un país como la Argentina, donde surgen día á día toda clase de iniciativas, no se puede exigir que todo el mundo haya de concurrir á ocuparse simplemente de política, cuando la política es lo más ingrato, lo más duro que existe, porque se trabaja, se lucha y muchas veces lo que se recoge es el desengaño y la tristeza. Por consiguiente, no son sus estímulos los que pueden mover á los espíritus positivos.

Los espíritus positivos buscan el éxito material en la industria, en el comercio, en la agricultura. Cuando nuestra

política les ofrezca idénticas compensaciones, ó puedan fomentar ó defender sus intereses materiales por medio de su actuación en ella, quizá concurren con más entusiasmo al comicio. Si sus intereses económicos, agrícolas, industriales lo requieren, se mezclarán más en política, á no ser que quieran hacer también industria política, porque ésta también existe para ciertas aptitudes y ciertas actividades.

Sería un cargo demasiado severo, señor presidente, para los hombres que merecen nuestra gratitud, la gratitud nacional, que ya se ha hecho sentir en todas las formas, conmemorada en el bronce y en todos los recuerdos con que la patria honra á sus antepasados gloriosos, afirmar que no se ha luchado en nuestro país. Se ha luchado y mucho. Se ha luchado con todas las armas poderosas de que ha dispuesto la actividad política desde el año 53, en que nos dimos la Constitución, hasta el momento presente.

He escuchado, señor, con todo el respeto que me impone, la palabra de mis distinguidos colegas doctores Cárcano y López Mañán; he sentido por ellos toda la admiración que inspiran la perfección literaria y las teorías originales elocuentemente presentadas por ellos, porque, efectivamente, tanto el uno como el otro, son oradores cuya habilidad artística es indiscutible; pero, sin embargo, no han entrado, á mi modo de ver, en la cuestión política, en la verdadera carne de la lucha.

Cuando en sesiones anteriores hablaba el señor ministro, cuya palabra era esperada por la honorable cámara con simpatía, y con ansiedad por la opinión: si yo hubiera tenido, como él, la costumbre de cerrar los ojos para escuchar mejor hubiera creído que quien hablaba era tal vez el jefe del partido puritano de la República, cuya túnica inmaculada no se ha mezclado jamás en estas cosas, en la República Argentina, en materia electoral. Pero como he estado, como todo humilde mortal, con los ojos abiertos, veía que quien lo hacía era el distinguido é inteligente ciudadano doctor don Indalecio Gómez, el mismo que había ocupado en esta cámara por varios períodos una banca; que había luchado, como luchábamos nosotros; que había llegado á ella con el prestigio de

su nombre, creyendo todos que venía perfectamente bien elegido, que tras él estaba el pueblo que lo eligiera, y que, por consiguiente, era digno representante de la Nación. Es lo que siempre he entendido, y eso es lo que sigo creyendo, no obstante lo que se ha dicho en esta cámara.

Se ha dicho, señor presidente, que los congresos argentinos, desde el año 53 hasta la fecha, no han servido sino para mantener el orden y la unión nacional. Para demostrar lo contrario bastaría abrir las páginas de los diarios de sesiones, ver los nombres que figuran allí y la legislación que se ha hecho en el país. No sólo se ha hecho legislación material, no sólo se ha dado al país todo lo que le es indispensable para fomentar su riqueza, para favorecer sus transportes y sus industrias; no, señor, se han dictado también las leyes que el adelanto moral é intelectual de la Nación exigía, y todo se ha hecho por este Congreso, fomentando el desenvolvimiento de las universidades, de los colegios nacionales, escuelas normales é institutos generales de instrucción. Desde la Confederación se ha venido persiguiendo este adelanto intelectual: la educación primaria, la educación secundaria y normal; todas las fases de la intelectualidad, han sido fomentadas por el congreso argentino, y todo ello es lo que encamina á la perfección del ciudadano.

Es de esta manera que se puede decir que las muchedumbres conscientes de sus derechos han de ejercer la libertad del sufragio. Y todos esos gobiernos que ha habido en el país, que han hecho todo esto, ¿de qué manera se han desenvuelto? Fomentando todas estas cosas, no obstruyendo, porque no hay obstrucción cuando se trata de que los ciudadanos tengan el conocimiento de sus derechos, porque no hay el deseo de que la libertad no se ejercite, cuando se ilustra al pueblo.

Se ha dicho que la dictadura era necesaria para apagar la anarquía. Yo creo que no. Cuando ha habido dictadura, cuando ha habido tiranos, en una palabra, durante veinte años en este país, no se fomentaban las universidades, los colegios nacionales, la educación del pueblo; no se daba á las leyes todo ese espíritu liberal que se les ha dado después.

La ley del 84, ese código fundamental de la educación común, liberal, hecho bajo la acción del Congreso argentino y las inspiraciones del gobierno nacional, es una obra muy grande; y muchos congresos vendrán elegidos en cualquier forma de las que se proyectan, y nunca darán al país ley tan fecunda y tan propicia al desarrollo intelectual del ciudadano como esa ley, que es código de la educación común, que está destinada á vigorizar el voto consciente en la República.

He traído á colación estos recuerdos, para demostrar que no sólo se ha cuidado el orden y la unión. La unión de los argentinos se ha salvado siempre en el congreso, porque en él están representadas todas las fuerzas vivas de la Nación. Precisamente, los hombres que han sabido sostenerse en el congreso y sostener á éste, son los únicos de gran figuración en el país; los únicos que el país ha reverenciado en toda su plenitud.

Por eso tuvo Pellegrini gran figuración. A él se le rindieron todos los homenajes, porque en los momentos difíciles porque pasó el país, estuvo siempre al lado del Congreso y siempre vino con su vigorosa política y su gran intelectualidad á sostener esta acción colectiva de la República que contiene el ambiente nacional de todos los puntos del horizonte! (*¡Muy bien!*)

Lo mismo el general Roca. El gran prestigio del general Roca ¿de qué nace? Nace de haber sido siempre el defensor del Congreso nacional en los momentos difíciles porque éste ha pasado. El cooperó á su defensa con sus fuerzas políticas, con ese criterio elevado que le valió que el año 98 fuera elegido presidente de la República por segunda vez, con el concurso de toda la opinión, honor que no ha obtenido todavía ningún otro argentino y que él conquistó con su esfuerzo, en esa forma, respondiendo á ese sentimiento nacional que es tan grande en la República.

En cambio, los que han querido menoscabar la autoridad del Congreso... ¿cuál ha sido su fin político? Recordemos los días difíciles porque ha pasado la República...

Cuando del Valle, con todo su talento, con todo el prestigio de su palabra y con todas sus pasiones, bien inspira-

das tal vez, se presentó al Congreso seguido de la muchedumbre á apostrofar á los diputados, ¿cuál fué el éxito de ese hombre público tan considerado en la memoria de los hombres? Treinta y seis días de gobierno. Eso fué precisamente porque se presentó contra el Congreso nacional, que si no lo disolvíó no fué porque le faltara entereza y valor, porque tenía al par de su talento, de los más brillantes de la República, las energías de un Cromwell para cerrar el Congreso y poner el letrero que dijera: «Esta casa se alquila»; sino porque estaba á la cabeza del gobierno otro hombre que lo detuvo con su espíritu conservador.

Debemos, pues, señor presidente, defender y cuidar este Congreso con el cual se gobierna, y no desprestigiarlo, porque no es la acción de la República lo que se va á hacer sentir en esa forma: son las palabras, que el vulgo recoge para en seguida ocuparse mal de esta institución sagrada de la opinión nacional. No es trayendo el recuerdo de cosas que son completamente materiales como se debe dar prestigio á la institución de que se forma parte.

Como he dicho al principio, tengo yo el alto honor de pertenecer al Congreso; y cualesquiera que sean los destinos de mi vida, siempre será para mí una página gloriosa el haber tomado asiento en este recinto donde tienen una alta representación la intelectualidad y el patriotismo de la República! (*¡Muy bien!*)

Creo, pues, señor presidente, que no debemos dejarnos sugestionar por las teorías escépticas de autores extranjeros.

Cada libro refleja la expresión de una modalidad propia, y muchas veces está en contradicción con su propio autor. Hay libros que se ocupan de criticar la existencia del sufragio, la forma en que éste se ha organizado y las deficiencias que presenta en la lucha.

Así, por ejemplo, existe el libro citado en otra ocasión por uno de mis distinguidos colegas, la obra de Benito «El estado moderno en crisis». Es un libro que trae páginas muy brillantes, pero que no son aplicables á nuestro país.

Muchas veces aquí á la cámara vienen trasuntos de esos libros, envueltos en las

mejores formas. Pero no es eso lo que pasa en la República Argentina, y por eso yo deseaba que se recordaran las épocas en que no se ha votado.

Probablemente se produce un espejismo en los diputados que no han votado.—algunos no sé si lo han hecho, pero muy pocas veces—y por lo tanto no han visto votar.

Yo, señor presidente, he tenido la costumbre de ir al comicio, de votar, de trabajar políticamente, y por eso pienso que son muchos los que en el país votan, cumpliendo con esta alta misión de ciudadano. Pero también debo manifestar que he visto, en cambio, alguna vez pasar delante del comicio en que yo estaba luchando con algunos otros correccionarios, á algunos hombres importantes y mirarnos con desdén á los que estábamos allí. Es claro que aquello no era muy elegante—para emplear la frase que se más de una vez se ha usado ya en este debate. Estábamos allí cumpliendo uno de los sagrados deberes cívicos, que debemos fomentar con el ejemplo y no con la palabra. Porque, ¿qué sacamos con venir al Congreso á decir muchas cosas, pronunciar grandes discursos y después no cumplir con esos sagrados deberes?

El pueblo, señor presidente, sabe todo, el pueblo nos está mirando. Y así cuando yo oía decir en este recinto que en nuestro país no se sabía lo que es el Congreso, creo que se incurria en un error. Es cierto que se reparten pocos ejemplares del «Diario de sesiones», que los reciben los más predilectos suscriptores; pero en cambio están «La Nación», «La Prensa», «La Argentina» y otros diarios importantes de la República que publican todo lo que se hace en la cámara y lo que dice cada diputado. Es sabido que todo hombre del pueblo tiene á su mano el diario que se vende á un precio insignificante, y eso le permite imponerse diamante de todo lo que se hace y se dice en las cámaras; de todo lo que hacen los poderes públicos, teniendo un conocimiento claro y exacto de la acción de cada uno de los hombres que gobiernan el país. Y así, si á uno de esos hombres del pueblo se le pregunta, por ejemplo, que tal diputado es el doctor Carles, seguramente va á demostrar que lo conoce, porque nos va á decir: «Es un diputado de primer orden, defiende con en-

tusiasmo los intereses populares; es inteligente, es activo, se mezcla con el pueblo y recibe los impulsos que le presta su contacto con las filas populares».

Lo mismo podría decir de muchos otros diputados, de ese mismo carácter, de ese mismo tipo. Me he referido especialmente á él, porque es el primero que ha venido á mi mente, por ser, como es notorio, uno de los que más descuella por tales cualidades.

Por otra parte, podría afirmar igual cosa del diputado que como presidente de esta cámara nos honra con su prudente y eficaz actuación, el cual se distingue por su intelectualidad y demás condiciones de carácter, y á quien hemos visto luchar en la circunscripción y vencer, como se ha dicho antes en esta cámara, con prestigios propios, como deben hacerlo los hombres políticos y no simplemente buscando el calor oficial. Esto engrandece; y es mucho más meritorio venir aquí á ocupar este alto puesto ungido, después de haber bregado en la acción y en la lucha de las filas populares, que aquel diputado que viene de los centros luminosos de las alturas, de lo cual no saca más que el desdén, y que por más que haga todos los esfuerzos posibles para cumplir bien con sus deberes, de nada le sirve absolutamente. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Por otra parte, yo no voy á decir del presidente de la República más de lo que he dicho cuando era candidato. Es sabido que cuando era candidato yo estaba al frente de un comité en una de las circunscripciones de esta Capital, comité donde con otros correccionistas de mérito luchamos sin descanso, debido á lo cual se obtuvo el cuarto del triunfo, sin lo cual quién sabe si el presidente de la República hubiera aceptado su candidatura.

Así, pues, nada tengo que decir en este momento y por eso sólo me refiero á la actuación de aquella ocasión; porque creo que obras son amores y no buenas palabras. He trabajado, he luchado por esta situación, y creo, por consiguiente, que no necesito traer mayores demostraciones para que se sepa lo que siento y lo que pienso al respecto, y para demostrar también cómo debe haber relación entre los poderes que se constituyen por el esfuerzo po-

pular, como asimismo la correspondencia de las autoridades con el pueblo.

No creo, señor presidente, por más estimación que tengo de los altos dignatarios del país, que se deba estar separado del pueblo.

Por otra parte, debo manifestar que coincido con el señor diputado Ayraragaray en esta parte cuando decía que debía haber partidos; partidos de gobierno, sí, señor; y que cuando se llega á las alturas con un partido, es ese el partido que deba gobernar. No se puede decir que se ha llegado aquí sin compromisos, no, señor. Y como el mismo señor diputado decía, lo que no debe haber son camarillas especuladoras, explotadoras de la riqueza pública. Eso sí no debe haber, porque todo eso es patrimonio nacional que todos debemos atender, respetar y defender.

Los hombres directivos deben ir al gobierno con su triunfo, porque sino es inútil estar procurando que se formen partidos.

¿Para qué se van á formar partidos? ¿Cuál es la misión de los partidos políticos que se lleguen á formar? Se forman, en todas partes, para luchar y triunfar, para que ellos puedan llevar al gobierno sus hombres dirigentes. Esto se ha hecho en Inglaterra, en Estados Unidos: cuando triunfan los *torys*, los *torys* mandan; cuando triunfan los *wigs*, los *wigs* mandan.

Entonces ¿qué significa que triunfen los unos y que se trate de que gobiernen los otros? (*Risas*). No me lo explico, no estoy de acuerdo con eso, porque me parece que al tratar de triunfar un partido, lo hace para llevar sus hombres dirigentes á cooperar al gobierno. Es ésta la manera de que haya solidaridad en la política y de que haya estímulo para los demás partidos. De lo contrario, se van á formar las coaliciones electorales para hacer diputados; y si triunfan las circunscripciones, habrá circunscripciónistas, y lucharán para hacerse valer donde puedan hacerse valer. Porque si se eligen los diputados mediante coaliciones y se llega á la situación á que hemos llegado, en que se habla en un sentido y se vota en otro, el pueblo, que lo observa, va á decir: ¿Cómo es esto, que se argumenta en un sentido y se vota en otro? ¿Porque hay compromiso? ¿Qué compromiso, cuando el gobierno

no los quiere y lo que anhela es la libertad?

Es que el gobierno está muy alto; quiere la independencia de los diputados; quiere que cada uno traiga aquí sus ideas y el contingente de sus luces, que votemos aquí con toda independencia, para que de esa manera hagamos también honor á ese presidente; porque no es humillando al Congreso que se ha de levantar; el Congreso se levanta con su acción, y el presidente se levanta con la suya! (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Sostengo, señor presidente, que dentro de la cultura que ha adquirido el país hasta la fecha, que ha llegado á sufragar en la forma más perfecta, por que desde el tiempo que vengo actuando en los comicios, y según lo que me han referido los que han venido antes que yo, sé que no existe un medio más tranquilo que el que se emplea en la actualidad para votar.

Cuando los partidos tienen interés en luchar, se agrupan, hacen su propaganda, forman sus comités, sus mejores hombres van y critican á todo el mundo, porque hay libertad completa, atacan en todas las formas, llegan á los comicios, luchan, y vence el que puede, y el que no vence se queda atacando, como es natural, á la situación creada por los vencedores, á ver si los de arriba los llaman, porque los otros están seguros y han de votar siempre lo que les pida el gobierno.

No es esto lo que el país quiere: lo que quiere es que á medida que se vayan haciendo las instituciones y que los hombres ocupen altas posiciones, vaya también modificándose la condición de las instituciones en el sentido del bien.

Nosotros debemos llegar á la formación de partidos políticos con verdaderos ideales; debemos garantizarles su libertad perfecta, pero nada más. Que cada palo aguante su vela, que cada partido vaya y se busque los medios de triunfar donde y como pueda.

Hay partidos que no triunfan porque no tienen ya fuerzas, porque han triunfado y sido vencidos ya muchas veces, y las fuerzas se les van disminuyendo y agotando. Si hay un gran núcleo cuya acción abarcó un gran espacio de tiempo y sus fuerzas van disminuyendo, ¿cómo se puede, por la acción del gobierno, darle más importancia

que la que virtualmente tiene y que la que puede demostrar en los comicios? Seguramente que no es posible, mientras que los partidos fuertes, realmente de ideales y de lucha, esos van á crecer, van á luchar y vencerán.

Puedo citar como ejemplo lo que ocurrió con la coalición. Me consta, no solamente porque sabe todo el mundo, sino porque yo también he actuado, y fui uno de los que tuvieron la suerte de no ser vencidos por la coalición, y séame permitido recordar estos pequeños triunfos que á uno le han podido tocar en el ejercicio de los derechos en una democracia que vive y que vota.

La coalición no triunfó porque tuviera elementos mejores; triunfó porque tenía á su frente á Carlos Pellegrini, que se iba á los comités, que trabajaba noche y día, que iba él mismo á la casa de los hombres importantes á pedirles su concurso. De esa manera, desde las alturas,—porque Pellegrini estaba en las alturas y muy alto,—no tuvo inconveniente en ir á la acción popular. Y como él estaba al frente y buscó los medios de triunfar, llegó y triunfó. Y no hubo fuerza capaz de detener la acción cívica. Porque, señor presidente, la mejor manera de hacer eficaces las libertades, es dando ejemplo de democracia, es yendo á la lucha, presentándose de cuerpo entero, para que lo vean sus conciudadanos! Y cuando el más humilde de esos ciudadanos ve que se le acerca uno de esos grandes guías en la oposición, no dioses en el poder, esos hombres que lo siguen, que lo ven, comprenden lo que es la verdadera acción cívica! Eso sí se llama sostener la libertad por los medios que dan derecho y por esos medios que son dignos de toda consideración y respeto!

Se ve, pues, que se ha luchado y que se ha triunfado; y así resulta entonces, que no es cierto que no haya democracia; la hay y eficiente! Lo que ocurre en algún momento es que no hay eficacia, porque los hombres no se ocupan. Y á propósito de esto, recuerdo que el señor Meyer Pellegrini fué quien, cuando tratamos la ley relativa á las carreras, tuvo el buen tino de establecer una prescripción por la cual no hubiera carreras en los días de elecciones. ¿Por qué propuso esto el señor diputado? Porque el señor diputado, no obs-

tante ser joven, tiene la clarividencia de la familia. El había visto que los días de elección muchísimo de esos jóvenes bien vestidos y elegantes se presentaban en la circunscripción desde muy temprano a vender su voto para ir a las carreras. De modo, entonces, que es preciso enseñarles a esos ciudadanos en formación, que el modo de tener derechos es el de ejercitarlos, alejándolos del vicio y haciéndoles concurrir con su voto a la formación de buenos gobiernos para el país!

Decía también el señor ministro, ó uno de los señores diputados que le acompañaron en su modo de decir, que estos congresos, desde mucho tiempo, no representaban pueblo.

Yo, que tengo buena memoria, he recordado todos los hombres más importantes que el país ha tenido en todas las épocas, y á todos los he visto desfilar por el Congreso. No sólo al señor ministro, como se ha recordado antes, sino á todos los prohombres de este país: los doctores Irigoyen, Sáenz Peña, del Valle, Gallo, Goyena, Lagos García, Achával Rodríguez, Avellaneda, en fin, lo más granado de toda la República. Todos han tomado asiento en esta cámara y han revelado las altas condiciones de su saber y las altas virtudes del patriotismo. Hasta el mismo Alem, el gran caudillo de nuestra democracia, ha ocupado una banca en la Cámara de diputados y en el Senado. Entonces, ¿cómo voy á suponer que esos hombres puritanos, demócratas, que en miles de ocasiones han probado su patriotismo y sus virtudes, se iban á sentar en este congreso sin tener la conciencia de que sus candidaturas habían sido populares, de que habían sido elegidos legalmente y que sus diplomas eran títulos irreprochables? ¡No, señor! Estaban bien sentados, como lo están mis distinguidos colegas, señor presidente. Bien sentado estoy yo, porque aquí me ha traído la provincia de Buenos Aires, como á mis nobles camaradas, que hemos venido por la fuerza de un partido que cuenta con las mayorías de los electores; y lo que digo de mis compañeros de provincia, lo refiero también á todos los señores diputados que están aquí bien sentados. Y lo voy á demostrar haciendo una ligera mención de aquellos que recuerde en este momento.

Dicen que no se vota; pues yo creo lo contrario. Y lo afirmo, con respecto á la representación de todas las provincias argentinas. El que no lo crea así, podrá rectificarme.

La representación actual del Congreso demuestra que la democracia ha votado, aquí, en la Capital, y que ha votado también en el resto de la República.

Así, la representación de la Capital la componen los Carlés, Cantón, Anchoarena, Estrada, Ayarragaray, Luro, Montes de Oca, Meyer Pellegrini, Llobet, Moreno, Olmedo, Pinedo, Saavedra Lamas, Iriondo, Calvo, Cernadas, y Bonifacio. Todos representan, sino intelectualidad, patriotismo, votos, popularidad. Porque no solamente se hace con talento y con elocuencia la representación popular. Y así, si recorremos los parlamentos de todo el mundo, vemos que al lado de un Clemenceau, en el parlamento francés se sienta un comerciante, un industrial, un obrero cualquiera. Porque esa es la democracia: hay una cantidad de doctores para que dirijan, pero la mayor parte no son doctores, son industriales, de todo. De manera que esto de creer que si los representantes que vienen aquí, no son un talento extraordinario, no han sido bien elegidos, es un error. Todos ellos están bien sentados y son representativos!

Citaré ahora en este juicio comparativo que estoy haciendo, á la provincia de Santa Fe.

¿Quién va á negarme, en efecto, que Leiva es un ciudadano popular en Santa Fe, un hombre que ha sido gobernador de aquella provincia y que después que la intervención derrocó la situación que entonces imperaba, se hizo elegir, con el concurso de la opinión de todos, y ocupó su puesto, siendo, como es, un ciudadano queridísimo? ¿Y cómo voy á creer que ha venido aquí oficialmente impuesto? Vino aquí por sus cabales, porque los electores de Santa Fe seguramente lo han votado, como han votado por Rodolfo Freyre. ¿Quién no conoce á Rodolfo Freyre, el ciudadano popular y prestigioso que todos los hombres de la coalición lo ponen á su frente? ¿Qué significa esto? Que está bien sentado aquí, ese ciudadano.

Y lo mismo que digo de estas dos per-

sonalidades, lo digo del general Fraga, uno de los generales más conspicuos de nuestro ejército, lleno de servicios á la patria, que ha sido ministro de la guerra, que es digno de ocupar los más altos puestos, sin menoscabo alguno para la gloria y honor de su patria. (*Aplausos*).

¿Cómo voy á creer, pues, señor presidente, que esos diputados han sido impuestos?

Y puedo decir lo mismo de Pinasco. Pinasco en el Rosario es una entidad, porque tiene lo que hay que tener... (*Risas*), porque tiene las condiciones que abren las puertas del comicio á un ciudadano. Lo mismo digo de Candioti, el popular candidato de la coalición, de Voces Giménez, de García Vieyra, de Crouzeilles, y de todos los demás representantes de aquella provincia, porque todos están bien elegidos, porque han prestado servicios, porque son conocidísimos allí, porque los quieren, siendo el cariño un medio de atraerse la simpatía popular, porque el pueblo quiere á los que lo merecen, y él no se equivoca.

Entre Ríos. Ahí está Sabá Hernández. ¿Quién va á negar al prestigioso é inteligente caudillo de aquella provincia, á aquel que en el gobierno, en los ministerios y en todas las posiciones que ocupó, supo defender vigorosamente con talento los intereses de su provincia y los de la Nación?

Los Parera—el grande y el chico—(*Risas*) ó el menor y el mayor... llamaré mayor á aquel que tiene más títulos á la consideración de su pueblo; ese que ha venido electo diputado después de ser gobernador. No creo que sea impuesto, porque todos los servicios que ha prestado con su talento, su equanimidad y su modo de actuar en la provincia, le han abierto el camino para venir á este Congreso.

Por consiguiente, creo perfectamente representada á dicha provincia. No hay absolutamente violencia en esas elecciones. He querido hacer este análisis porque no hay por qué no hacerlo.

Mugica... Ahí tiene el señor presidente otro diputado que está bien sentado, que ha ganado sus galones perfectamente bien; en todas partes donde ha actuado, en Entre Ríos, en Buenos Aires, en todas partes su palabra autorizada y su inteligencia le han

abierto camino. La provincia de Entre Ríos le ha confiado la defensa de sus intereses en el litigio de las Lechiguanas, porque sabe que es capaz de defender con calor y con cariño sus derechos.

Lo que digo de Mugica, digo de Mariano E. López, representante de los intereses entrerrianos en la zona del Uruguay,—porque Entre Ríos tiene también sus zonas. Representa una alta posición en su provincia; ha sido vicegobernador, y este cargo es igual al de gobernador en sus deberes, aunque en mucho no lo es en sus derechos, y esa es una posición á la que se llega, debido á los altos servicios prestados.

Méndez Casariego... Un talento demostrado por su contracción á las obras públicas y á la defensa de los intereses de Entre Ríos en todos los momentos, hecho que justifica perfectamente su elección.

Paso á la provincia de Corrientes, que forma otro tipo especial. Es cierto que Corrientes ha pasado por dificultades políticas muy serias, pero parece que en Corrientes el buen sentido político de sus hijos los ha llamado á la concordia. En esta honorable cámara se ven representados el talento, el patriotismo y los servicios de los hombres de los dos partidos en que se divide la opinión en aquel Estado: el partido autonomista y el partido liberal.

Aquí está el doctor Bréard, representante intelectual de primera línea, como lo son sus compañeros Pérez Virasoro, López, Lubari, Bejarano y Garrido, cuyo patriotismo ha quedado evidenciado en este recinto y su prestigio en Corrientes es muy grande. Lo mismo los otros diputados cuyo nombre en este momento no recuerdo, pero de los cuales puedo asegurar que han tomado participación en las luchas de los dos partidos que he nombrado, y que han acreditado sus servicios. Y es por eso entonces que en la conciliación que han hecho esos partidos, han venido los hombres representativos, que son la expresión genuina de la voluntad de Corrientes.

Provincia de Mendoza.

Tenemos á Galigniana Segura, Guevara y Day, tres nombres que sintetizan la acción política más eficaz del partido que ha actuado en Mendoza durante muchos años. Podrá haber algunos de

la oposición que digan que no están bien representados y que esperan la lista incompleta para ver si pueden venir aquí a la cámara; pero creo que sería un gran bien para el país que los hombres de esta talla siguieran viniendo, por la lista completa ó por la circunscripción.

En Mendoza está también Civit, tan atacado y tan combatido en toda forma, cuya obra está allí, y donde es querido, donde ha hecho el gran parque que va á ser el paseo de la América; están también las escuelas, el kindergarten y las obras de saneamiento, decretadas también por él. En fin, en toda forma, uno va á Mendoza y siente que no se respira sino el ambiente de simpatía de que gozan esos hombres distinguidos.

San Juan.

Conforti, diputado inteligente, valiente, liberal, como todos sus antepasados, porque tienen la fibra de los sanjuaninos aquellos que, como del Carril, supieron defender las ideas de libertad en todas las formas que la psicología enseña. Con Conforti vienen otros señores diputados, los señores Moyano y Correa, que son también la expresión del partido que fué á la revolución para derrocar una situación que no gozaba de la simpatía popular. Triunfaron y fué justo que la mayoría les eligiera sus representantes.

De manera que esta provincia demuestra también la acertada y buena que es la composición del Congreso; lo digo tan sólo para que lo sepa la gente, puesto que se ha dicho en esta cámara que ese público no entiende ó no sabe cómo está formado. Es bueno hacer entonces una presentación individual de cada uno de los argentinos que se sientan aquí, para que quede por lo menos la constancia en el «Diario de sesiones», y para que en el futuro pueda verse lo que fueron, y aun lo que serán más tarde, porque tenemos aquí elementos jóvenes tan distinguidos é inteligentes que están llamados á ocupar las altas posiciones del país, y que alguna vez han de recordar la actuación que tuvieron en este Congreso como uno de sus mayores timbres de honor.

Córdoba... aquí hay que sacarse el sombrero. (*Risas*).

¡Es la docta Córdoba, la Córdoba intelectual, la Córdoba de Trejo y Sana-

bria, cuya representación se renueva constantemente y siempre tiene las mismas modalidades!

Encabezaré la lista con Julio A. Rocha (*Aplausos generales*) cuyo nombre representa toda una tradición de servicios á la República, y que él, con su claro talento y su modo de actuar tan diáfano y tan decidido, ha de llevar muy lejos. Ese nombre, que tiene su arraigo en la independencia de la República y que ha seguido ilustrándose en la organización y en el engrandecimiento del país ¡quién sabe hasta dónde podrá llevarlo mañana este diputado que goza de tantas simpatías! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

Ferrer, el gran juriconsulto... porque nosotros, que estamos acostumbrados á verlo aquí en la cámara todos los días, no le damos la importancia que tiene... (*Risas y aplausos*.) Porque Ferrer en cualquier parte del mundo haría un gran papel de jurista, y en esta cámara no hay cuestión que se haya tratado en todos los períodos en que ha actuado, sea cuestión constitucional, ó fundamental de derecho, en que no nos haya dado una lección magistral, lo mismo que sobre cualquier otra rama del saber humano.

¡Estos son hombres que constituyen para el país una verdadera pléyade de obreros intelectuales y representativos!

Alvarez. El simpático ex gobernador de Córdoba, el médico distinguido y querido de aquella provincia; el hombre ecuaníme que en las regiones del gobierno supo dirigir con éxito los destinos de aquella provincia, bastante difícil de gobernar, sea dicho de paso. Varias veces ha representado en esta cámara á su provincia, y siempre ha venido por sus cabales. ¡Quisiera saber qué fraudes habría habido que hacer allá para traer aquí á uno de sus gobernadores más querido! ¡Ninguno, seguramente! Y como venía en una lista, aunque hubiera sido con su solo prestigio, hubiera obtenido votos para todos los que la componían.

El diputado Cárcano no necesita presentación, porque es muy conocido en el mundo de las letras. Su personalidad distinguida goza de justo renombre. Ya he hablado de su discurso y de sus obras bien reputadas y difundidas en todo el país. Es candidato... no quiero atreverme á decir nada, pero cuando el río suena, agua trae... (*Risas*.) No quiero

agregar nada más para justificar su elección, y lo creo perfectamente sentado en este Congreso.

Llega el hombre de la máquina: Manuel Peña. Esta personalidad ha brillado desde el primer momento en que apareció á ocupar puestos públicos en la capital de la República. Y no sólo brilló por su inteligencia sino también porque había tenido un don secreto para atraer á la gente. De manera que es una doble personalidad: una personalidad intelectual y una personalidad afectiva. No obstante, sus exterioridades que lo presentan como un hombre muy malo... (*Risas*) nada de eso tiene: es hombre muy hábil, muy inteligente, muy ilustrado como lo ha demostrado en los debates de esta cámara. ¡Ojalá pueda siempre Córdoba mandar á esta cámara representantes tan competentes, tan dignos, tan patriotas, que son realmente esperanzas para el país! Con esos elementos se engrandecerá siempre la República.

El laborioso é inteligente del Bareo, inseparable de la representación de Córdoba.

Vernazza y Bouquet. Dos diputados que, de ser yo cordobés, trabajaría en los comicios para llevarlos al triunfo en los atrios: el uno, porque me ha atraído; el otro, no sólo por sus condiciones de simpatía, sino porque representa en Córdoba uno de los apellidos de campanillas. Los Bouquet en Córdoba... no tengo con quién compararlos aquí, porque hoy en Buenos Aires nos perdemos muchas veces entre los apellidos de dinero... allá, un Bouquet representa mucho. Bouquet es una tradición: han figurado, en Córdoba, en las más altas culminaciones; llegan aquí, y por sus cabales, se desenvuelven siempre con éxito. En Córdoba ocupa, pues, el lugar que le corresponde. Y cualesquiera que sean los gobiernos, siempre estará en la misma forma representada, porque ella es el centro de una cultura argentina y civilizadora.

Llegamos á La Rioja, la triste y solitaria Rioja, como decía el doctor Avellaneda, en una clasificación que hizo de todas las provincias. Tiene sus representantes en esta cámara... ¿á quiénes, señor presidente? Al diputado García, que ha sido senador de aquella provincia, que representa uno de los

partidos fuertes de aquella localidad, que cuenta con toda la tradición de los Bustos y de todo ese partido autonomista de La Rioja; y don Frías (*Risas*). ¿Cómo es posible, señor presidente, que no estuviera en la cámara don Frías, si don Frías representa realmente lo que significa popularidad de partido y propia, porque es conocido hasta en el último rancho de la provincia de La Rioja, por sus nobles cualidades. De manera que no es extraño que concurran todos á sufragar por él. Luego, puedo estar completamente seguro de que allí no ha habido ninguna imposición; todos han nacido al calor de las simpatías; se ha votado por ellos y han llegado á esta cámara.

Desde que he dado comienzo á este trabajo, no puedo dejarlo inconcluso, no obstante que al señor ministro parece que no le agradaba, porque creo que no le iba saliendo la cuestión á su medida...

Sr. Meyer Pellegrini—El señor ministro se ha retirado indispuerto.

Sr. Lacasa—Siento mucho entonces su ausencia y su indisposición.

Sr. Fonrouge—¿Me permite el señor diputado?...

Sr. Lacasa—No puedo permitirle.

Sr. Fonrouge—No es para molestar al señor diputado, sino para informarle de que el señor ministro se ha retirado realmente indispuerto: me ha dicho que desearía que la votación de este asunto se postergara para una sesión próxima, por cuanto quisiera tomar parte en el debate.

De manera que el señor diputado debe creer...

Sr. Lacasa—Sí, lo creo, señor diputado.

Llegamos á la provincia de Salta.

La provincia de Salta tiene pocos representantes en esta cámara, pero representada con arreglo al proverbio: pocos, pero buenos.

Tiene como representante á Guasch Leguizamón, joven lleno de méritos, inteligente, que ha hecho una actuación favorable en la época en que fué elegido en aquella provincia, que continuó después con brillo en esta cámara; al diputado Zambrano, cuya característica ha sido puesta en evidencia por su talento fácil y su ilustración en las diversas cuestiones en que ha tomado par-

te en esta cámara. Se ha granjeado Zambrano las simpatías de todos sus miembros, lo que prueba que allá, en su tierra, ha de ser bien mirada su diputación; además, responde precisamente al tipo de los diputados de aquella región, así como Leguizamón responde también a la tradición. Vendrá ó no vendrá, pero siempre algún Leguizamón ha de venir, porque como los Linares, los Bustamante en Jujuy, están representados en todos los partidos.

No me olvidaré de Alsina. Este ha ocupado los altos puestos de aquella provincia. Descolló como ministro: la administración Linares fué un modelo. Renunció su candidatura a la gobernación, y vino después a ocupar la banca con ese derecho perfectamente adquirido con que ocupan los puestos públicos los hombres de su talla.

Serrey, intelectual, popularísimo. ha sido senador nacional.

Llego a la provincia de Tucumán.

Tucumán, donde hay tanto ingenio... Tucumán es la tierra de los ingenios... en el azúcar y en el talento. En esta cámara, desde que tengo el honor de pertenecer a ella, he visto pléyade de diputados tucumanos, y no sé cuál ha sido más brillante, ni más talentoso. Todos, a lo mejor, presentan una nueva faceta para que pueda ser admirada por sus colegas y por la opinión. El otro día no más, hemos sido sorprendidos por el discurso motable del señor diputado López Mañán, que es uno de los que se han distinguido en este debate.

Los Padilla, hay que llamarlos así... es imposible que no haya Padilla en el Congreso. Recorriendo el «Diario de sesiones» de las dos cámaras, se ve que hay siempre Padillas, como hay siempre flor del aire, en aquella bendita tierra... (*Risas y aplausos*) porque no se puede evitar: el talento ha echado raíces profundas en Tucumán.

Hay tucumanos diputados que representan otra región, que hacen honor a la cámara y que a cada momento nos hacen ver los frutos de su talento. como el señor presidente de la cámara.

Pero me refiero a los representantes de ella. Creo que el pueblo está bien representado acá por los Etchebar y el malogrado joven diputado Gallo, una esperanza tronchada, que pertenecía a una familia tradicional de aquella re-

gión, en que varios han hecho brillar su talento en el parlamento como Del-fin Gallo, aquella figura descolante de parlamentarista.

Manuel Paz. Otro diputado prestigioso que tuvo en la circunscripción un gran triunfo pues derrocó al ministro de hacienda en aquella lucha en que se decía que iba a triunfar la medianía. Y vimos todo lo contrario, porque vinieron al Congreso los hombres más competentes y más valientes en su capacidad;—porque el otro valor aunque algunos tienen mucho no hay necesidad de traerlo, sino en su capacidad y en sus méritos.

Jujuy, está sintetizado en una sola personalidad. Tenemos hoy de Jujuy la pequeña expresión, pero ¡qué expresión, señor presidente! en un Iturbe. Un carácter y un talento, demostrados en todas las ocasiones en que ha tomado parte en los debates de esta cámara. Su último éxito, la cuestión del monumento a la bandera argentina de Belgrano, arrancando sobre tablas a esta cámara con su elocuencia ese monumento, revela que está representada dignamente la primera provincia, como dicen algunos, viniendo del Norte, y que en esta cámara como en la otra tiene su representación muy distinguida.

Me faltan las provincias de Santiago del Estero y de Catamarca.

De Santiago del Estero tenemos aquí en la cámara dos diputados tan sobresalientes por sus condiciones políticas, que no sé cómo se pueden juntar y entenderse: me refiero a los distinguidos señores diputados Alvarez y Castañeda Vega. Los dos tienen alas para volar muy alto. No sé si en la altura pueden chocar; pero lo cierto es que los dos desempeñan con honor su puesto en esta cámara, lo mismo que lo podrían hacer en la gobernación de su provincia ó en el Senado nacional. De manera que tienen bien ganado el buen concepto que gozan en aquella provincia lejana de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Catamarca tiene al doctor de la Vega, Massa y otros prestigiosos y distinguidos ciudadanos.

Ahora viene San Luis.

Tenemos a la provincia de San Luis representada por el diputado Rodríguez Jurado, y además por los diputados So-

sa Carreras y Olivera. El primero ha ocupado con honor la primera magistratura de su provincia. Ha luchado como luchan los buenos y los fuertes desde abajo, y ha llegado al último extremo de la revolución y ha triunfado con su derecho, ocupando los más altos puestos con honor y con inteligencia. Y yo digo que cuando se llega a esa altura en tales condiciones, es porque el que desempeña esos puestos responde perfectamente a la expectativa pública.

Creo, pues, que el señor diputado Rodríguez Jurado ha llegado a la cúspide y ha mantenido en alto la bandera del honor y del patriotismo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

También puedo decir que la provincia de San Luis está perfectamente representada por el señor Sosa Carreras, joven inteligente, lleno de capacidad con esa ruda franqueza que lo caracteriza, y que ha llegado a pronunciar en esta cámara arengas que nos han llenado de sorpresa y que nos han revelado la abundancia de la materia gris y la intensidad de su pensamiento, que no parece por su exterioridad, por su corteza, tan rico en su contenido. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pienso, entonces, que el señor diputado Sosa Carreras es un hombre que podrá ocupar una alta posición en su provincia, porque la tiene ganada y lo merece. Es cierto que fué muy criticada su culminación, porque venía de abajo a arriba; pero eso nada importa. Y yo le deseo que ocupe siempre un lugar en las alturas del poder porque es digno de hacerlo con honor y con patriotismo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pero, señor presidente, quiero decir que me faltaría hablar de los diputados por Buenos Aires...

Sr. Varela—No, señor; yo creo que por una noción de modestia convendría eliminarnos de ese detalle.

Sr. Lacasa—La verdad es que por modestia debería callar y lo he hecho por ese motivo. Se trata de mis nobles camaradas, representantes de la provincia de Buenos Aires, entre los cuales yo me encuentro; pero seguramente no faltará quien se encargue de presentarlos, sobre todo cuando vemos que ellos mismos en diferentes ocasiones se encargan de hacerlo, como sucedió en sesiones anteriores, en que pudimos constatar lo que

algunos no sospechaban, de que teníamos entre nosotros un Sheridan, orador tal que jugó con la cámara, con la barra y con todos los que lo escuchaban. Por consiguiente, creo que no necesito ocuparme de la diputación por Buenos Aires, que está tan bien representada en la cámara por todas las altas calidades de hombres representativos.

Pienso, pues, señor presidente, que he demostrado con un análisis claro y minucioso, la forma en que está compuesto este honorable cuerpo; y creo que los hombres del pueblo que lean los diarios, si algo se publica de estas menciones especiales que acabo de hacer de nuestros dignos representantes, como asimismo los que lean el «Diario de sesiones», sabrán que este es un Congreso del cual no se puede hablar con desdén; y que si de este palacio se puede decir que es un palacio de oro, los diputados en muchísimas situaciones, y yo lo he repetido en varias oportunidades, han combatido el lujo que en él se nota.

Por consiguiente, yo creo que esta cámara no tiene absolutamente ninguna responsabilidad en lo que puede haberse gastado, porque yo he visto al Congreso desenvolverse con amplitud, con inteligencia y eficacia en aquella modestísima casa de la plaza de Mayo, que tantos recuerdos tiene para todos nosotros. Luego, no es hacer un cargo el decir que a este Congreso se le puede tildar en esta forma por el pueblo.

¡No, señor! Estamos muy arriba; en ese sentido los diputados están bien sentados aquí; todos han respetado lo que debían respetar; y no hemos de ir nosotros mismos a deprimirnos para halagar personalidades, porque el que está arriba, sólo se levanta; y nosotros debemos propender a que este Congreso siempre sea levantado.

Si se quiere traer a una parte de los adversarios a que vengan a ocupar un asiento en esta cámara, nosotros debemos prepararles el ambiente, para que no lleguen a decir ellos que han venido a mejorarla, porque todavía han de decir algunos que vienen a mejorar esta casa. Creo que esta cámara no puede ser mejorada nunca: podrán venir representantes populares, del partido socialista, ó del partido tal ó cual, que no superarán a los actuales, pero que

tendrán su derecho bien adquirido de obtener un asiento entre sus iguales, como lo tuvo el diputado Palacios, que brilló muchas veces por su talento y que triunfó con el concurso de todos nosotros, lo que prueba también que la cámara tiene su parte de socialismo, porque el diputado Palacios no hubiera obtenido ninguna victoria si la cámara no le hubiera acompañado con su voto en las iniciativas felices que en ella tuvo.

Decía, señor presidente, que la democracia argentina no está muerta; que la democracia argentina vive y vota, con arreglo á su capacidad y al momento en que ejerce su derecho; que no hay pueblo que no pueda ejercitar ese derecho cuando tiene la resolución de hacerlo; que muchísimas veces los pueblos no votan porque simpatizan con el candidato adversario; no acuden al comicio y dejan que triunfe aquél, porque es mucho más cómodo también, pues generalmente sucede que el que triunfa busca más al contrario que al que lo ha elegido.

Esto sucede en materia democrática; y no debemos nosotros alucinarnos con esta afirmación respecto de la muerte de la democracia que se nos presenta á cada paso. Yo creo que los únicos que mueren son los que caminan pero «tienen el alma muerta», como dice el verso de un poeta.

Nosotros vivimos; debemos hacernos sentir en la forma digna y eficaz. Hoy será con lista incompleta, mañana con la uninominal ó en otra forma, pero los hombres que tiene medios de luchar han de vencer y han de venir aquí. Por consiguiente, no será obstáculo el cambio de sistema. Pero hemos de entrar por donde debemos: por la puerta, no por la ventana. Si se quiere reformar el sistema de votar, se ha de modificar la Constitución en las condiciones que establece la misma, y no se ha de efectuar en una forma que contrarie la carta fundamental del país.

Hubiera deseado ocuparme de cómo se había ejercido el sufragio y de establecer las distintas jornadas de la lucha. En muchas partes lo suprimo, porque fué bien tratado este punto por el señor diputado Costa en su monumental discurso. Por consiguiente, elimino esa parte de mi exposición, para ocuparme

tan sólo de aquellos actos que modelan, puede decirse así, el criterio argentino, que muestran cómo se ha luchado en este país y que no es una democracia muerta.

El año 74, ¿cómo han luchado los partidos en la República Argentina? ¿Cómo luchó el partido encabezado por el general Mitre y cómo luchó el partido que dirigía Adolfo Alsina? ¿Quiénes dirigían los trabajos entonces en la cámara y en otras partes? Los hombres que los dirigían eran Carlos Pellegrini, Luis Lagos García, Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Julio Dantas. Todos esos hombres eran los que dirigían los comités donde se luchaba, donde se votaba. Los mismos que han ocupado las más altas posiciones, después iban á elegir á los comicios y llegaban hasta donde se llega por sus ideales. No era la lucha del voto venal; era la lucha brava, donde se sostenían las convicciones en todas las formas en que pueden defenderse, porque cuando uno va á ejercitar el acto más grande de su vida republicana, en que el pueblo es soberano con todas sus energías, derechos y prerrogativas, el ciudadano dispone de todos los medios necesarios para hacer respetar su voto.

Así era como se luchaba antes. No había necesidad de que la policía viniera á apagar las fuerzas populares; ellas luchaban y se hacían respetar; y esos hombres dirigentes son los que después han sido coronados por sus éxitos y han ocupado las altas magistraturas del país sin que tuvieran á menos ir á luchar á los comicios, donde iniciaron su vida pública.

Ellos no preguntaban: ¿qué ley es la que rige? ¿es la lista incompleta? ¿es la que da el triunfo á los adversarios, ó la que nos da el triunfo á nosotros? Ninguno puede creer que al ir ellos á defender su voto, á derramar tal vez su sangre en defensa de una causa, pudieran pensar que su voto fuera á servir para ser vencidos. Ninguno hubiera ido.

En 1874 se produjo una revolución. ¿Y qué significa ese movimiento? Ahí están los anales históricos: No voy á hacer la justificación de ningún partido; sólo voy á decir que el partido del general Mitre se levantó en armas contra la situación de la República porque creyó que se le había hecho fraude en

las elecciones. ¿Qué significa esto? Esto significa que ha habido lucha, que ha habido democracia, que ha habido fuerzas generosas y abnegadas, que ha sido necesario combatir para dominarlas, pero que acreditan las nobles pasiones del civismo.

La democracia viva no es aquella que va á votar con orden y tranquilidad. La democracia es tumultuosa, sobre todo en estos países de descendencia mezclada como el nuestro; y una elección en la Boca no es lo mismo que una elección en Catedral al Norte. Los caracteres etnográficos son distintos, los hombres tienen distinta virilidad; aquí se conocen y se saludan, allá tal vez se conocen porque tienen alguna disidencia anterior ú otra causa por el estilo que los separa y los aleja.

Es necesario ver lo que significa la lucha. Por eso yo digo que en nuestro país hay democracia. Está viva, y ha dado prueba evidente de ello en todas las luchas políticas de los últimos años. Lo que hay es que la gente se ha ilustrado mucho y ha aprendido la comodidad. Busca por consiguiente la forma de evolucionar tranquilamente. Voy á ocuparme de demostrar esto con las elecciones de la provincia de Buenos Aires, que por estar tan próxima á la Capital es conocida de todos los señores diputados.

En la provincia de Buenos Aires ha habido lucha política y muy fuerte. El gobierno de don Máximo Paz fué un gobierno muy agitado. Se movieron las fuerzas políticas de una y otra parte. Se hizo toda clase de trabajos, se luchó. Fué una lucha democrática. Surgieron de todas partes los amigos de este prestigioso caudillo; sus amigos de infancia se pusieron al servicio de su causa; sus adversarios salieron á combatirlo de verdad, tanto, que muchas veces se fueron á las manos. La lucha se hizo apasionada, porque un hombre como Paz despierta siempre tan grandes simpatías que los hombres son capaces de ir abnegadamente al sacrificio por él. Venció Paz. Vino en seguida la gobernación de nuestro distinguido colega el señor diputado Costa. Entonces el gobierno se había cimentado con todo el prestigio del triunfo. Quisiera yo que los señores diputados conocieran un libro que debe existir en

poder del señor diputado, que demuestra que no hubo entonces ningún ciudadano conocido de la República que no fuera partidario de la candidatura del señor Julio Costa. Todos los amigos estábamos allí. Pero había, además, muchos hombres conocidos que habían adherido á esa candidatura. No hubo lucha; pero hubo evidentemente simpatía. Y de esa manera se formó aquella candidatura que llegó más tarde al triunfo. Si no hubo lucha, no fué porque no hubiera comicio libre, sino, simplemente, porque se producía el voto tácito que llaman los ingleses, porque los ciudadanos manifiestan de esta manera su conformidad con los resultados previstos de la posible lucha. Debo hacer constar, además, que en esa época, en el parlamento de Buenos Aires, había representantes de los partidos adversos. Estaba la Unión Cívica; había radicales y de todo. Vino la revolución; cambian las cosas, y va á desempeñar la intervención nacional el malogrado doctor Lucio Vicente López, cuya intencionalidad es bien conocida de esta cámara y cuya desaparición del escenario político ha privado al país, sin duda, de que aquel ciudadano le sirviera en muy elevadas posiciones, inspirándose en las altas virtudes familiares. Lucio López se propuso hacer una intervención completamente imparcial y entonces puso en vigor, en absoluto, la ley del sistema proporcional, como yo lo quise explicar al hombre máquina, pero que se opuso á que le explicara nada. Ahora sería el momento de que escuchara un poco.

La elección de 1894 llevó á la cámara tres partidos: el partido radical, el partido nacional y el partido cívico. Siendo todavía, señor presidente, la satisfacción y el honor de haber pertenecido á esa cámara. Por eso, cuando el señor diputado Peña, quiso hablar mal de esa legislatura, no pude contener el deseo de rectificarle. Pero es que aquí están muchos hombres de esa época; aquí está el diputado Agote, intelectual de primera fila, que entonces hizo sus armas por primera vez en el parlamento y que se desempeñó siempre como se desempeña en todas partes. El doctor Pedro Luro, que ocupaba una de las posiciones centrales, donde nos encontramos en aquella época, luchando por la misma

causa y cuya palabra elocuente y fácil cautivó siempre á los electores de Buenos Aires, y quien, brillantemente, representó al partido que tenía que luchar en una época tan dura.

La representación cívica, también tenía distinguidos ciudadanos. Allí estaban Weigel Muñoz, Calderón, Niño y tantos otros conocidos de esta cámara, como el malogrado Eduardo Sáenz, que fué uno de los más brillantes y llegó á ser presidente de aquella cámara. Adolfo Olivares, inteligencia superior, que desapareció en los primeros pasos de su vida pública; Rivarola, Castellanos, etc. etc. En fin, una cámara que parecía realmente un Congreso. Y esa cámara y el Senado, donde estaban Emilio Mitre, aquella figura brillante de nuestra patria, donde estaban Matienzo, Saldías y tantas otras personalidades intelectuales, todo eso era el fruto del sistema proporcional, que estigmatizaba el señor diputado. Y ese período será siempre recordado en Buenos Aires con honor y con orgullo, y es en ese período donde se reveló la fuerza ponderativa de ese sistema.

Se dice que aquellos resultados electorales entorpecieron la acción de los gobiernos. No, señor presidente. Lo que había era que se luchaba...

Sr. Agote—No, señor diputado. Lo que hubo fué que el ejecutivo de la provincia era minoría en la legislatura. Por eso es que se le incomodaba.

Sr. Lacasa—No se apure, ya le va á llegar el turno.

Decía, señor presidente, que la acción de los partidos tenía perfectamente equilibrado al gobierno. El gobernador tenía minoría, pero minoría leal. Se le combatía en las ideas, pero cuando llegaba el momento en que era necesario prestarle acuerdos que eran realmente actos del resorte de la cámara, se le prestaban. Pero la lucha se fué produciendo gradualmente dentro de esas fuerzas, como ocurre en el orden natural también, hasta que la unión cívica fué perdiendo fuerzas, y en las elecciones que siguieron se juntaron algunas fuerzas que tenían más armonía y rodearon al que hicieron gobernador, que fué el doctor Bernardo de Irigoyen, personalidad de primera fila en el país. Y que luchó bastante para hacer triunfar esta candidatura, porque

había la de Emilio Mitre y otros candidatos bastante importantes, y con este motivo tuvo lugar la «asamblea larga»—porque también la provincia de Buenos Aires tiene su «parlamento largo»—la asamblea de los 29 días y 29 noches que nos pasamos en la lucha precisamente bajo la presidencia del distinguido gobernador de Buenos Aires, que mostró en aquella ocasión toda la energía y las altas cualidades de que es capaz para dirigir un parlamento, porque fueron aquellos momentos difíciles, en que se tenía al gobernador en contra y las fuerzas públicas á su disposición, y á pesar de ello la minoría fué traída en arresto por medio de las fuerzas suministradas por el Poder ejecutivo, lo que hacía honor al mismo gobernador Udaondo, porque ello probaba que él sabía respetar los fueros del parlamento provincial desde el momento que, como digo, puso á su disposición la fuerza de que podría disponer, para traer al seno de la asamblea los miembros de ella, adversos á la mayoría y que eran sus correligionarios.

Esta asamblea larga duró, como he dicho, 29 días, durante cuyo término seguimos luchando, hasta que vino el convencimiento de la derrota en los que se habían resistido, y entonces no hubo más remedio que someterse. Concurrieron, hicimos el escrutinio y se recibió del gobierno el doctor Bernardo de Irigoyen, cuya memoria ilustre será siempre digna del homenaje de este pueblo.

El gobierno de este patricio, si bien era hasta cierto punto demasiado gobierno, para una sola provincia, puesto que era digno de dirigir el gobierno de la Nación, no era extraño que, por esto mismo, apareciera pequeño el escenario en que actuaba tan alta personalidad. Pero después no tuvo en las cámaras ese sistema de obstruccionismo á que se hacía referencia. Y así llegamos á la candidatura del doctor Ugarte, que fué bastante luchada, porque hubo dos partidos, con dos candidatos de primer orden, como Vicente Casares y Marcelino Ugarte. Y se venció en la lucha, siendo elevado este distinguido ciudadano al gobierno de Buenos Aires.

Quiere decir que en la provincia de Buenos Aires, como en la capital federal,

hemos tenido lucha, y supongo que igual cosa ha de haber ocurrido en las provincias, de las cuales no puedo traer todos los detalles, pero veo que los hombres que vienen de allí son los que dirigen la acción política, los que han conquistado en la lucha su mandato de diputado. Lo que demuestra que ha habido lucha, y que se van regularizando las cosas en la forma que lo quiere la Constitución.

Por otra parte, sin vida pública, sin democracia, no hay caudillos, no hay dirigentes; y así como se dice que no hay dirigentes, debe decirse que no los hay porque no hay partidos. No puede haber dirigentes sin lucha y sin pueblo que vaya á la lucha, sin los hombres que conducen á los pueblos y los llevan á luchar. Y esto es lo que pasa en la provincia de Buenos Aires y en el interior de la República.

Lo mismo ocurrió con la candidatura del doctor Sáenz Peña... Siento que no esté aquí presente el señor ministro, porque hubiera deseado contarle alguna cosa que él no conoce, pues á la sazón se hallaba en Alemania, pero que la diré, porque podrá leerla en el «Diario de sesiones».

La candidatura del doctor Sáenz Peña fué muy luchada aquí. La unión cívica, bajo el gobierno tan atacado del doctor Figueroa Alcorta, estableció sus comités, y la palabra de sus oradores atacaba directamente al presidente de la República. Y fué muy raro que se atacara al candidato; lo que demuestra la libertad de que gozaba entonces.

La unión cívica fué á la elección de senador. Perdió esa elección de senador y no se presentó á la elección de presidente que tenía lugar el domingo siguiente. Porque era natural: había que gastar muchas fuerzas. Y ya se sabía de antemano cuál iba á ser el resultado de la lucha. Pero, en la primera elección fué á la lucha y luchamos y vencimos en los comicios, con gente, con pueblo, que es el mismo que ha traído aquí á los señores diputados que hicieron uso de la palabra en anteriores días: á Anchorena y otros, que han venido por haber sido elegidos en esas elecciones, pero bien elegidos, con enemigos, con adversarios, con lucha. ¡Hay, pues, democracia!

Esos son diputados saneados. No diré, por ejemplo, que estas elecciones no sean

como otras de las que ha habido en las que se ha hecho un mal uso del elemento venal, porque siempre ha habido y habrá ese voto, desde que es una condición de existencia de la democracia, porque, como lo dijo muy bien aquí el doctor Pellegrini, cuya autoridad ponía en evidencia las cosas, la venta del voto acredita que se tiene, y también la libertad de que se disfruta, porque nadie vende una cosa que no posee, ni puede transmitirla sino tiene la libertad para hacerlo. Algunos se le enojaron aquí en la cámara al doctor Pellegrini, y fué porque dijo la verdad aunque fueron sus compañeros de campaña, porque todo el país sabe que pintaba las cosas como creía que eran, y precisamente ese modo de ser y de cargar con la responsabilidad consiguiente era lo que más simpatías le atraía aún de parte de sus propios adversarios.

Voy á ocuparme ahora señor presidente, de la parte constitucional del proyecto que discutimos y que se pretende sancionar, es decir, de la lista incompleta.

Creo que hubiera bastado la buena voluntad del Poder ejecutivo de no mezclarse en las cuestiones electorales con cualquier sistema que existiera. Nadie ha pedido el cambio de sistema electoral. No ha habido ninguna manifestación de opinión, ni meetings, ni otras solicitaciones populares, ni de partido. Los mismos socialistas, en la encuesta hecha por «La Nación», manifiestan—ó á lo menos lo hace el doctor Justo—que nada importa el sistema y que lo que quieren es que los poderes públicos no se metan en las elecciones.

El doctor Palacios se manifiesta resueltamente en favor de la circunscripción.

Se ve que el cambio de sistema no es reclamado para que los partidos hagan la rotación por el gobierno. Los radicales vinieron al Congreso el año 1894, con el sistema de lista, porque la pluralidad siendo relativa, no obstante que había tres fracciones, la fracción radical obtuvo un mayor número de votos y sacaron representantes, lo que prueba que no se necesitaba entonces cambiar el sistema, como se pretende hacer ahora, viniéndose á dar á la opinión una cosa que la opinión no quiere, no pide, ni le agrada. Porque yo pregunto: ¿dónde están las manifestaciones de la opinión

que solicitan el cambio del sistema electoral? No las veo. La unión cívica dicen que se ha adherido, pero lo que es «La Nación», su órgano más caracterizado, ha estado luchando en contra y precocizando más bien el sistema uninominal.

Los diarios principales y la prensa en general han combatido este cambio.

Esta reforma yo la encuentro estrecha, por más que se diga que es amplia, porque donde hay cinco partidos, no cabe el sistema de lista incompleta. Estrada mismo, analizando los sistemas, decía que éste de la lista incompleta, además de ser inconstitucional importaba un error, porque cuando hay más de dos partidos, no llena las aspiraciones públicas; y que el único que llenaría esas aspiraciones sería el sistema proporcional, que da a cada partido lo que le corresponde, para lo cual sería necesario empezar por reformar la Constitución.

Esta es la reforma que todo el mundo anhela y la que esperaba del programa presidencial y no ésta otra que es chica, que no va a traer más que una fracción. ¿Y cuál será esta fracción? ¿Lo sabemos acaso? ¿Quedará satisfecho el partido radical o quedará satisfecho el partido socialista?... Esas fracciones que mueven y agitan al país, no quedarán satisfechas, porque en todos los partidos del mundo donde se ha dado representación a todas las agrupaciones, como en Alemania, se cuidan muy bien de que el partido socialista tenga sus representantes, como ha sucedido aquí. Y esto de que entre a las cámaras una sola fracción no satisface a nadie, porque las otras fracciones se van a convertir en enemigas. Va a resultar el remedio peor que la enfermedad, con el agravante de que para hacerlo tendremos que violar abiertamente la Constitución nacional.

Vamos a ver este librito, que es un librito tan sabio, tan bien hecho, tan fundamentalmente estudiado, y que al revés de otras cosas nuestras, se engendró con dolor. Está hecho con los sufrimientos de todo el país, pero llegó a nacer vigoroso y fuerte. No es, como se le ha llamado por el diputado Mugica, un simple esqueleto destinado a ser recubierto por leyes complementarias. No, señor: nuestra Constitución es un organismo viviente: en cada una de sus páginas está sintiéndose la vida é indi-

cándonos cuán sabios y previsores eran aquellos hombres que la formularon. No se reconstituye este organismo con huesos tan sólo ni tampoco rastreando, como decía el señor diputado Anchorena. No creo en esa rastreada ni en el acierto de las combinaciones huesosas que hacía otro señor diputado, porque este organismo, completo y vivo, a la luz de las discusiones del 53, nos demuestra la sabiduría de los hombres que deliberaban en aquellos famosos debates.

Allí se habló claro y bien. Se decía: hacemos esta Constitución federal, no para recordar una palabra que evoca la tiranía vergonzosa y los caudillos que deprimieron en cierta época la vida nacional; tomamos la palabra federal de la Constitución americana, que es la mejor, porque toma un centro de gobierno, con un haz repartido en todas las direcciones para la formación de los núcleos de cada uno de los estados. Eso decían los hombres de la Constitución: hay que hacerles ese honor. Eran hombres ilustrados: Gutiérrez, del Carril, Zuviría. Baste decir que en aquel congreso fué proclamada la libertad de conciencia. ¿Qué cosa más noble y más elevada pudo verse y que tanto honra a la provincia de Santiago del Estero, que la actitud del padre Laveisse, que defendió con calor la libertad de conciencia, remontándose al tratado del año 25 con Inglaterra, en que Rivadavia declaraba la libertad de cultos y que fué la base de la respectiva cláusula de la Constitución! ¿Puede decirse que esto sea un esqueleto, ó es un organismo sano y sólido?

Basta leer el preámbulo. Encontramos en él los más nobles objetos a que puede aspirar un país adelantado y progresivo. No lo citaré en todas sus partes, pero recordaré algunas de las ideas que convienen a este debate: afianzar la unión nacional, consolidar la paz interior, promover el bien general, afianzar la justicia, nobilísimos ideales, propósitos trascendentales, que pueden realizarse por medio de leyes reglamentarias, pero cuyos gérmenes vivificados están allí en la Constitución. Y en las últimas disposiciones de nuestra carta, como por todas partes, hay disposiciones previsoras. Las he leído en los últimos días, á propósito de un asunto de actualidad, y se refieren á las

cuestiones de límites entre las provincias, en que se determinan cómo deben resolverse, aclarando el concepto del gobierno nacional en sus relaciones con los gobiernos locales.

¿Se quiere más previsión, más grandeza de miras, más trascendencia en los objetivos, más profundo conocimiento del país, que el que demuestran estos hombres, desde el preámbulo hasta los últimos detalles de nuestra carta fundamental?

Con estos antecedentes, nosotros, en ningún caso, podríamos dictar una ley contraria á lo que preceptivamente establece la Constitución, y la Constitución, en cuanto se refiere á sistemas electorales, ha establecido el sistema de la pluralidad. ¿Cómo se va á decir que esos hombres tan sabios ignoraban lo que decían, cuando todos los diccionarios del habla española están contestes en definir la pluralidad y todos los tratadistas de derecho público están de acuerdo en lo que es, como se sabe muy bien, en qué consiste el sistema uninominal?

No se puede entonces venir á decir que lo que se propone está permitido por la Constitución y que debemos ir acercándonos al perfeccionamiento. No, señor. Hasta el mismo mensaje que hizo leer el señor diputado Anchorena, en que el Poder ejecutivo pide esta sanción, lo revela cuando hace la promesa de que pronto ha de pedir la reforma de la Constitución. Pues bien, eso significa que todo esto está mal hecho. Vamos á proponer la reforma de la Constitución; luego, esta reforma no está dentro de ella.

Tan es así, que todos los principales hombres del país, que han actuado en la política, que han sido citados por el señor diputado Costa, todos estos grandes hombres han sostenido el voto uninominal como una reforma sobre la lista completa, porque ellos no conocían otro sistema que el sistema de la pluralidad, y porque no se pueden dar leyes tampoco contra lo que es disposición clara de la Constitución.

La pluralidad, pues, ha sido lo que han sostenido todos nuestros hombres públicos, y vamos á ser nosotros, ¡nosotros! quienes hagamos este invento, este descubrimiento, declarando que donde dice: pluralidad, debe entenderse

que deben entrar las minorías. No, señor presidente; las minorías siempre han sido minorías, á las que se ha venido, como dice Estrada, por una mayoría de uno ó por una mayoría relativa, según los casos.

Hay más, señor presidente. Los congresos son ó constituyentes ó constitucionales. La materia de la legislación de los congresos es materia constitucional ó materia legislativa; la Constitución no puede ser modificada por los congresos constituyentes, y los ordinarios no pueden tratar sino de la materia legislativa, la que encuadra dentro de los principios que la Constitución consagra, y que deben ser reglamentados.

El doctor Vélez Sársfield, en un discurso notable, que hace honor al pueblo argentino, en la convención del 60, recordaba esta cuestión. Definiendo los congresos constituyentes ó los congresos ordinarios ó legislativos, hacía la diferenciación de ellos, y cuando él recordaba, por ejemplo, el voto que había dado el año 27 en el Congreso, disolviendo la Nación, y hablaba con ese respeto con que se hablaba después de los sucesos que habían dividido la patria argentina, deseando que Buenos Aires se uniera á las otras provincias, trataba todas estas cuestiones, y decía: Señor, no hagamos reformas; votemos que la unión es más grande que los conceptos que encierra esta Constitución; votemos y no establezcamos tampoco estas facilidades de las reformas por los congresos. Los congresos ordinarios no deben tampoco en lo sucesivo reformar, porque los únicos que tienen la facultad de hacer estas cosas son el parlamento inglés: lo cita el mismo Vélez Sársfield, como lo saben todos los señores diputados, porque es constituyente y es legislativo: es un congreso de doble faz, que todo lo abarca como dice Gladstone: sólo el cambio de sexo no podía hacer; pero si cambiar las dinastías, reglamentar las leyes, establecer las funciones públicas en todas las formas.

Entre nosotros, en nuestro país, la reforma constitucional se hace votando, como determina el artículo 30, por dos tercios de votos, la necesidad de la reforma, pero que la convención se reúna, que determine si ha ó no de reformarse. Es más fácil realizar esa reforma dentro de nuestro país que en los Estados

Unidos y otros países, como Bélgica, donde sólo puede hacerse consultando al pueblo. Nosotros tenemos un medio más fácil de poder hacer las reformas. ¿Por qué hemos de estar haciendo una cosa en contra de los principios fundamentales que hemos jurado todos respetar? ¡No, señor presidente! No se puede hacer; no se puede legislar sobre una materia constitucional, regida expresamente: cuando claramente se establece una cosa en la Constitución, hay que respetarla. Por eso se ha determinado una forma precisa, clara y concreta, no dejando al legislador la facultad de declararlo: como no podría tampoco el Congreso venir á determinar que el gobierno debe ser unitario, contra una prescripción terminante que establece que ha de ser federal. No puede tampoco establecer que el gobierno de la República ha de ser parlamentario, como en Francia, porque ha establecido que debe ser presidencial, como en los Estados Unidos. No puede hacer estas modificaciones sustanciales establecidas especialmente por la Constitución nacional. Y si esto se hace, se viola abiertamente la Constitución, y tendríamos que mañana se produjera tal vez el caso de que una ley, que ha sido sancionada por esta cámara, fuera llevada á la Suprema corte, como le insinuaba en su angloespañola elocuencia el señor diputado Calvo, y la Suprema corte la declarara inconstitucional.

¿Por qué, entonces, señor presidente, hemos de venir nosotros á facilitar por facilitar, cuando tenemos el medio constitucional de hacer esta reforma? Podemos dar una ley amplia, de reforma constitucional, en que quepan todas las tendencias populares, en que ninguno crea eliminada en su representación. Pero no creo que haya llegado ese momento.

Voy á hacer otras observaciones, respecto de los precedentes de otros países que se dan como refuerzo, respecto de la eficacia de la lista incompleta.

No puedo aceptar que podamos imitar el modo de hacer la libertad política de países que no son los modelos especiales.

Nosotros, para ninguna rama de la legislación podemos tomar modelo sino de los países que sirvan como tal, porque tratamos de levantar el espíritu del pueblo, perfeccionarlo y no disminuirlo.

Se cita á España como modelo de la lista incompleta para perfeccionar la libertad electoral.

Señor presidente: yo tengo por España un gran cariño de tradición y de respeto; tengo amor á sus glorias, que la han agobiado después de tantos triunfos. Pero en materia de libertad yo pienso que los argentinos no pudieran quejarse de que España no les diera libertad: fué lo único que no nos dió, porque no la tenía. Nos ha dado todo lo demás, menos la libertad.

No tenemos que ir á buscar á España la libertad, ni haciendo aquella distribución tan pintoresca que nos presentaba el señor diputado Ayarragaray, ni haciendo como el señor diputado Mugica, que en su amor á España nos la presentaba como un modelo que debemos seguir, porque nosotros nos parecemos á los españoles.

Precisamente tratamos de no estar encuadrados en eso, y los constituyentes no quisieron parecerse á los españoles en la parte política, sino á los norteamericanos. Ese es el modelo que nos indicaban sus propias palabras en la constituyente de Santa Fe.

Portugal. Otra nación que ahí no más va.

Hace un momento que acaba de cambiar de sistema de gobierno; llegará muy lejos, porque tiene hombres muy preparados; pero es una democracia que recién se inicia. No es un modelo.

Hay otro país vecino al nuestro por el que tenemos un gran cariño, porque puede decirse que formamos con él una sola familia en el Río de la Plata.

No hago cuestión de partido allí, sino como estudio. No debo hacerlo. Pero hay que tomar las instituciones como han nacido.

¿Cómo ha nacido la lista incompleta en la República Oriental del Uruguay? Como un desahogo. Allí no hay más que dos partidos tradicionales: el partido blanco, que hace cuarenta y seis años fué desalojado del poder, desde que fué ocupada por el general Flores la presidencia, y el colorado. Y ese cuarto de su lista incompleta lo suelen llevar los blancos que van perdiendo un poco la energía y la virilidad de aquel glorioso é intransigente partido oriental.

No quiero meterme en otras cosas

porque sería salir de la cuestión; pero digo que no son modelos que debemos seguir: que antes de imitar esos modelos debemos seguir con nuestro sistema, practicándolo con amplia libertad.

Deseo cooperar en mi modesta esfera á la gran obra del Poder ejecutivo, de fortalecer su prestigio dando facilidades á la oposición para que tengan estímulos en la lucha todas las fuerzas organizadas del país; y como no puedo dar mi voto á la lista incompleta por ser inconstitucional, por no ser general su aplicación como lo determina el artículo 41, que al fijar la forma de elección de los primeros diputados dice que el Congreso dictará una ley general, y este proyecto no es general porque no tiene aplicación en ocho provincias y por consiguiente no puede ser aceptado, daré mi voto por el sistema de la circunscripción, que es el sistema de la pluralidad dividida; porque de todos modos, cumpliendo enteramente su programa, el Poder ejecutivo continuará la obra de progreso constitucional, en la cual han trabajado todos los que han luchado en los comicios, en el Congreso, en la prensa y en las batallas; y aun en las abstenciones activas,—porque la abstención, señor presidente, es una forma también de conseguir muchas cosas en política.

como se han conseguido en ese país y se seguirán consiguiendo—y aun en las abstenciones activas, decía, pero patrióticas, inspiradas en los más altos ideales, y que, como éstos, están un poco alejadas de la realidad.

Atendamos y cooperemos decididamente al mejoramiento de las costumbres políticas y vigoricemos con nuestro propio ejemplo y nuestra acción el ejercicio del sufragio libre. Pero seamos justos: tributemos el aplauso á todos los hombres que han pasado por la vida institucional del país, que han hecho con su acción todas las mejoras posibles del sistema político electoral; y no por halagar á los que vienen, olvidemos á los que se fueron. No, señor presidente, para todos hay una palabra de luz y de justicia: esa palabra es la que yo pido á mis honorables colegas en este momento, en que estamos tratando de dar fijeza á los rumbos constitucionales y á los ideales que aspira realizar el señor presidente de la Nación.

He dicho. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos en las bancas y en las galerías).

Sr. Presidente.—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 6 y 30 p. m.